

Cementerio

En su paseo, el señor gris recordaba aquel invierno en el hospital. Para él había sido rutinario, cosas que pasan, propias de la edad. Un poco de rehabilitación y a seguir con lo suyo. Pero se acordaba de la gente que entraba y salía, yendo de visita tal vez. Sin darse cuenta entró caminando al cementerio. El olor a tierra húmeda lo envolvió y atrajo a su mente imágenes ya olvidadas.

Recordó aquel pequeño enfermo. Un niño calvo y gordo, aunque tal vez no fuese del todo calvo, porque lo cubría un gorro de lana, y quizás tampoco era gordo y fuera solo por el abultado abrigo. Mientras tanto siguió caminando entre las tumbas descuidadas y la arquitectura de los panteones mas grandes. Disfrutó un poco con aquel arte ennegrecido por el tiempo. Pequeñas construcciones que buscan el perpetuo recuerdo; adornadas con flores marchitas que estaban entonces en muchas de ellas. Se cruzaron en la entrada del hospital, cuando el hombre gris iba saliendo. Aquel niño llevaba una mascarilla color verde claro y un oso de peluche celeste. Su otra mano sujetaba al padre que caminaba bostezando mientras soltaba una nube de vapor por la nariz; pero no, no era vapor, al cruzarles pudo oler el humo de tabaco. El padre fumaba despacio con la otra mano, ausente. Se detuvo para apagar el cigarrillo antes de entrar.

Avanzó más entre los muertos y sus piernas se aflojaron. El adoquinado parecía estar suelto. Siguió distinguiendo ángeles, vírgenes y santos que le miraban. Los nombres y epitafios de gente desconocida se fueron repitiendo como en un maniático juego de sociedad. Rememoraba que pasados unos días había visto al mismo crio entre los cristales. Estaba riendo con su oso y metido en un bosque hecho del cabello de su madre. Acaso esperando alguna prueba o resultado. Tras semanas de haber estado ingresado volvió a cruzarlo por los pasillos, pero más apagado, todavía llevaba su oso celeste, un poco sucio, eso sí. Su manito no lo soltaba. Iba con mascarilla blanca en silencio. Su risa había ido desapareciendo. Una personita transluciéndose como una simple proyección de luz. La gente evitaba mirarlo al pasar y él miraba el suelo. Ese niño todavía soñaría con sus compañeros de colegio de aquel país remoto. Niños lejanos con nombres difíciles de pronunciar. Aquellos breves camaradas no habían tenido que recorrer tantos hospitales; ni lágrimas, ni aguantar el dolor clavando sus uñas en un peluche. El hombre gris terminó su recuperación y no volvió a verlo.

Ya cansado del sendero se sentó en un mármol. Pensó levantarse enseguida pero se concedió unos minutos para recobrar el aliento. Entonces vio justo frente a él había una lápida blanca de alguien nacido en su mismo día. Dobló sus rodillas y lloró, camuflado entre otros tristes que pasaban. Buscó la salida pensando en el tiempo que le estaba sobreviviendo al muerto

desconocido. Al Llegar a la puerta que separa los muertos de los vivos leyó un cartel oxidado que se le antojó irónico: "Gracias por su visita". Salió de allí sin prisa, como se movían los sepultureros.

Una vez afuera se apoyó a la sombra de la pared. Un perfume especial le hizo levantar la cabeza y la vio. Era ella, una mujer, que con su camiseta blanca contrastaba con el luto que había vivido en el cementerio. No llevaba tacos altos ni vestido de lentejuelas, pero sin embargo lo encandiló. Había sentido la fragancia unos segundos antes de verla. Sus pasos se reforzaban. Se despegó de la pared. Se acercó para hablarle pero había mucha luz allí, le costaba mirarla. Sus ojos se habían acostumbrado a lo lúgubre.

Ella y su pelo parecían flotar en el aire con el patinete eléctrico, nunca entendió cómo se manejaban esos aparatos, bajaba a la calle y pasaba a su lado. La oposición entre pasado y futuro se hizo más evidente. Buscó palabras, tartamudeó. La joven pasó junto al puesto de flores y arrancó una rosa sin detenerse; el rutinario florista no vio nada.

El hombre intentó perseguir a la chica y a la rosa robada. No llegaba, era demasiado ligera para él.

-¡Ey! Pero su grito era de cartón piedra. ¿Acaso no podía oírlo? ¿Estaba alucinando?

Todavía entumecido se dirigió hacia ella pero tropezó con un macetero. Disimuló con un nuevo impulso y un tropecito. Se recompuso al ver el camino despejado.

Al mismo tiempo ella bajaba unas largas escaleras que conectaban con otra calle. Sus ruedas deslizaban y la hacían parecer un espectro. La perdía. Se le estaba esfumando, pero una gotita brillante se había formado en su espíritu. Sentía calor en el pecho. Ahora estaba en un día de verano. Lejos del hospital. Cruzó la calle corriendo, sin cautela. Nadie. En lo que pareció un segundo llegó a la escalera. Enfocó su mirada hacia abajo. Saltó los primeros escalones. Miró y enfocó. La vio terminar de bajar. La joven dobló tras un edificio. Ella continuaba rápida y ajena a todo. El muchacho siguió bajando atropellado, saltando. Se agarró casi colgándose de la baranda para volver a mirar. La figura se empequeñecía fugaz. La mujer llevaba la flor en el pelo, no podía verle la cara. Entonces tomó aire y dio otro salto hacia el final de la bajada. Luego otro tropiezo, caída y un tobillo doblado. No es nada. Cojeando y rojo, ya lejos de su alcance, al subir el bordillo de la calle siguiente, vio caer de su mochila un oso de peluche celeste.